

Barbastro, 1064

Guerra santa en la Península Ibérica

A mediados del **siglo XI**, la santificación de la guerra desde una perspectiva religiosa alcanzó una nueva dimensión. No se trataba ya solamente de la posibilidad de una guerra justa defensiva, como había aprobado en su tiempo Agustín de Hipona y, con él, la teología patristica, sino algo muy diferente. La lucha contra los enemigos de la Iglesia

y del papa mutó para convertirse la guerra santa contra los infieles y, en especial, los musulmanes, en el marco de la gran reforma emprendida por los papas de esta época para consolidar su autoridad. La campaña de Barbastro de 1064 ocupa un lugar excepcional en esta evolución, destinada a tener una impresionante posteridad.

El asedio de Antioquia, detalle de una miniatura de *Passages d'outremer* de Sébastien Mamerot, ca. 1474, Bibliothèque Nationale de France

El origen de la expedición contra Barbastro radica probablemente en una represalia por la muerte en la batalla de Graus el año anterior del rey de Aragón, Ramiro I. El papa Alejandro II (1061-1073) convocó a sus aliados en el sur de Italia, los normandos dirigidos por Robert Crispin (+1072), y a los príncipes del norte de Francia, encabezados por Guillermo VIII, duque de Aquitania (1058-1086), para que formasen dos ejércitos que convergieran en el verano de ese año ante esta pequeña ciudad de al-Andalus tras un larguísimo viaje. Por primera vez, el pontífice otorgó el perdón de los pecados a los combatientes que muriesen en el transcurso de la expedición, un beneficio espiritual que caracterizó a partir de entonces a toda suerte de guerras y, en especial, a las emprendidas treinta años después para la conquista de Tierra Santa.

Las tropas normandas y aquitanas llegaron al Valle del Ebro durante la primavera y saquearon la región para, a continuación, asediar la ciudad, tomarla al asalto y destruirla, ante la pasividad de los sultanatos taifas de Zaragoza y Lérida hostiles entre sí en esos años. La población barbastrense fue masivamente esclavizada y sólo los más afortunados consiguieron ser rescatados por sus parientes o por las instituciones caritativas musulmanas. Varios miles de personas perdieron de esta forma la libertad, a juzgar por los testimonios de los cronistas árabes, que ponen de manifiesto la profunda conmoción que supuso en al-Andalus esta catástrofe. Abu Muhammad ibn Abd al-Barr (978-1071) escribió una carta a los emires andalusíes en la que describía lo ocurrido: "la sangre se ha vertido por todas partes, los velos se han desgarrado, las mujeres han sido violadas, los bienes destruidos o saqueados, los cuellos apretados bajo los talones, los miembros mutilados, los manuscritos destruidos y las mezquitas incendiadas". Ibn Hayyan (987-1075) señala que un testigo que había participado en el rescate de los cautivos le indicó: "mi sorpresa no conoció límites cuando vi la enorme cantidad de mujeres y de riquezas que estaban en manos de esas gentes".

A pesar de que unos meses después, Ahmad ibn Sulayman al-Muqtadir (1046-1081), soberano de Zaragoza, recuperó Barbastro para el islam y, por tanto, la victoria cristiana fue efímera, el retorno de los guerreros francos produjo un considerable eco en sus regiones de procedencia. Cuando años más tarde, el papa Urbano II proclamó la cruzada en el concilio de Clermont en 1095, una parte importante de los nobles que se adhirieron provenía de los linajes cuyos miembros habían combatido en Barbastro. La guerra santa se había convertido no sólo en un dogma teórico proclamado por la Iglesia, sino que había sido plenamente asumido por las elites aristocráticas europeas.

Atlantes de la catedral de Sainte-Marie-de-Oloron (Francia). Portada románica datada en la primera mitad del siglo XII. Estos personajes, que sostienen las columnas del parteluz, representan, con toda evidencia, a cautivos musulmanes encadenados y debe ponerse en relación con las campañas militares de la época de Alfonso el Batallador (1104-1134) en el Valle del Ebro. Wikipedia

La consecuencia más importante de la expedición fue la de comprobar que las sociedades occidentales y, en especial, los grupos dirigentes, estaban dispuestos a asimilar el mensaje de que existían guerras santas y, en especial, lo eran las que combatían contra los musulmanes. De esta manera, Barbastro fue lo que podemos llamar una "protocruzada" que abrió el camino para un modelo de lucha contra los enemigos de la fe y la Iglesia que se ha mantenido hasta nuestros días.

Pero esta aportación decisiva a la historia de las mentalidades en la larga duración no debe hacer olvidar que, en el principio, Barbastro fue una masacre brutal, hoy demasiado olvidada, por más que sus protagonistas la vieran como un designio de Dios.



Escenas de la batalla de San Esteban de Gormaz en el año 989 contra una armada musulmana comandada por Almanzor. Los soldados agradecen a la Virgen la ayuda recibida en el combate. Alfonso X, *Cantigas de Santa Maria*, Códice Rico, Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, t. I, f. 92r



Miniatura que describe un combate de la Segunda Cruzada. *Li romans de Godefrey de Buillon et de Salehadin et de tous les autres roys qui ont esté outre mer jusques a saint Loys qui darrenierement y fu*, s. XIV, Bibliothèque Nationale de France, Manuscrits, 22495 fol. 154v



Escenas de asedio a un castillo, *Cantigas del Rey D. Alfonso el Sabio*, ms., sec. XIII, membr., mm 450 x 314 (Firenze, Biblioteca nazionale centrale di Firenze, Banco Rari 20)



Combate entre Roland y Ferragut. Capitel del siglo XII del palacio de los reyes de Navarra en Estella, con una narración sobre la lucha entre cristianos y musulmanes encarnada en estos dos paladines y basada en la Chanson de Roland. Web Románico aragonés

Caballero cristiano que aplasta a un vencido, probablemente, un musulmán. Portada románica datada en la primera mitad del siglo XII. En este caso, la escultura se halla en el extremo inferior de la arquivolta a la derecha y manifiesta también el triunfo de la cristiandad. Wikipedia

